

Opinión



50 años de éxitos para empezar

Los líderes de la Unión Europea, bajo la presidencia de la canciller alemana, Angela Merkel, celebraron ayer en Berlín el 50 aniversario del Tratado de Roma, un texto que ha servido de base para uno de los periodos de paz, democracia y prosperidad más largos en la historia del Viejo Continente. La envergadura sin precedentes de este enorme éxito puede medirse con una simple mirada a la biografía de los actuales miembros del Consejo Europeo. Muchos, incluida Merkel, nacieron o pasaron la infancia bajo dictaduras. La misma experiencia vivieron desde el presidente del Gobierno español, José Luis Rodríguez Zapatero, al de la Comisión Europea, José Manuel Barroso, pasando por el secretario general de la UE, Javier Solana.

Frente a un pasado de guerras, pogromos y limpieza étnica, el Tratado de Roma, y sus sucesivas actualizaciones, permite la convivencia de 492 millones de habitantes que por encima de sus diferencias ideológicas, religiosas y sociales hacen prevalecer valores comunes como la libertad, los derechos humanos y la solidaridad.

A nivel interno, la Unión Europea ha afianzado el Estado de derecho en los países donde se encontraba más frágil, ha posibilitado la unificación de Alemania y ha amortiguado el derrumbe de la vecina Unión Soviética. La paz interna se ha mantenido mientras que sólo a unos kilómetros de sus fronteras, en Chechenia o en los Balcanes, seguían las carnicerías étnicas y nacionalistas que asolaron toda Europa en la primera mitad del siglo XX.

En el terreno internacional, Europa se ha convertido en la abanderada mundial de la abolición de la pena de muerte, del desarrollo sostenible y de la ayuda humanitaria. Y aunque en las comparaciones económicas con su principal rival, EE UU, puede acusar cierto retraso en aspectos como la innovación o el espíritu emprendedor, en el terreno social las condiciones a este lado del Atlántico hacen palidecer a las de la mayor potencia del planeta.

Europa no tiene pena de muerte, ni *Guantánamos* ni injerencias legislativas en la vida privada como las que existen en EE UU. En la UE se consideran intocables los datos personales, la asistencia sanitaria es casi universal y el analfabetismo está prácticamente erradicado.

Los ciudadanos europeos, por tanto, tienen motivos más que sobrados para celebrar el medio siglo de aquella firma del 25 de marzo de 1957, donde políticos tan visionarios como pragmáticos plasmaron las líneas maestras para construir una casa para todos los europeos.

El edificio, como no podía ser de otro modo, presenta hoy algunas grietas y necesita que los 27 socios se pongan de acuerdo en cómo remozarlo. Esa será la tarea del próximo Consejo Europeo del mes de junio, donde Merkel debe presentar su plan para resolver la crisis institucional provocada por la victoria del no en el referéndum francés. Pero ahora es el momento de soplar las velas y apostar por otros 50 años de paz. Los cimientos para conseguirlo están puestos. Tan sólo falta mantener la misma voluntad política que la de los firmantes de 1957.

SEBASTIÁN ROYO

Italia, el enfermo de Europa

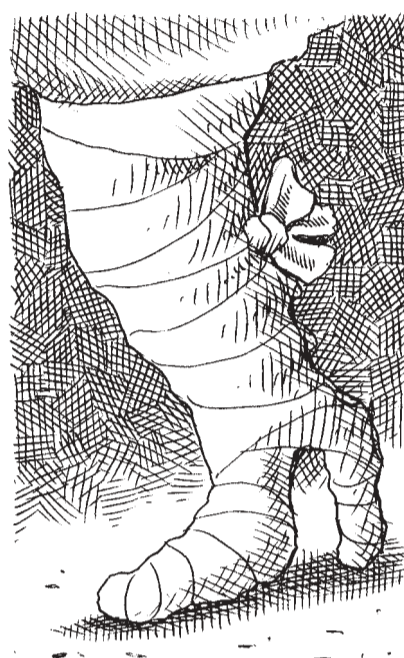
La última crisis del Gobierno italiano ha generado nuevas incertidumbres en torno al rumbo del país y las perspectivas de sus reformas económicas. Dadas las diferencias ideológicas de los partidos de la coalición arco iris y la mayoría minúscula que tenía en el Senado, esta crisis no fue una sorpresa. La sorpresa, si acaso, fue que la coalición durase tanto tiempo.

La situación que se encontró Romano Prodi al llegar al Gobierno era objetivamente mala. Su antecesor, Silvio Berlusconi, había estimado un déficit presupuestario de un 3,8% del PIB para el 2006, que quedó corto ya que el verano pasado alcanzó un 4,1% (y eso sin contar el grado de endeudamiento de los Gobiernos regionales y locales, que se desconoce). A ello se añade una deuda nacional monstruosa, de un 108% del PIB (unos 1,6 billones de euros), un crecimiento anémico de la economía (un 1,3% del PIB el año pasado) y una inflación anual del 2,5%, alta para un contexto de crecimiento tan bajo.

El nuevo Gobierno de izquierdas se planteó dos objetivos: un crecimiento del 2% y conseguir este mismo año el máximo del déficit establecido por el Pacto de Estabilidad, un 3%. La necesidad de reducir el déficit llevó al nuevo ministro de economía, el prestigioso tecnócrata Tommaso Padoa-Schioppa, a recortar el gasto con urgencia en una ley complementaria de los Presupuestos de 2006 para evitar que el déficit rondara el 5% del PIB a finales del año pasado.

Al mismo tiempo, el Gobierno italiano está tratando de introducir medidas para estimular el crecimiento, incluyendo una de sus promesas electorales de reducir en cinco puntos el llamado cuneo fiscal, que es la diferencia entre lo que recibe el trabajador y paga el empresario para mejorar la competitividad de las empresas italianas.

Como consecuencia de las rigideces y la falta de competencia, Italia tiene los precios de gasolina y electricidad más altos de la UE, y en el sector servicios los precios aumentaron un 15,3% entre 2001 y 2005 (comparado con un 13,7% en la zona euro). Hasta hace poco en Italia no te podías cortar el pelo los lunes, cerrar una cuen-



ÁNGEL NAVAS

La economía italiana se ha beneficiado los últimos meses del boom alemán, pero esto no resuelve sus problemas

ta de banco sin pagar una penalización importante, recargar tu teléfono móvil sin pagar altas tasas o abrir más de un número limitado de panaderías o farmacias en una ciudad. Esto explica en parte el anémico crecimiento.

Con el fin de atacar este problema el Gobierno ha aprobado medidas liberalizadoras (los llamados *decretos Bersani*) que afectan a todas estas áreas. El objetivo último es aumentar la competencia y reducir la burocracia, con el fin de bajar los precios. Estas medidas ya han tenido impacto: desde la aprobación de las medidas se han creado 500 nuevas panaderías y 800 nuevos establecimientos venden fármacos, incluyendo el Carrefour que los está vendiendo a un 20%-30% más baratos.

La pérdida de competitividad es precisamente otro de los grandes retos para el país. Italia, que durante las décadas de los setenta y ochenta floreció gracias al éxito de sus miles de pequeñas empresas exportadoras,

parece estar mal equipada para confrontar los retos de la globalización, ya que produce productos que pueden ser fácilmente replicados en Asia a una fracción del coste. Además sus pequeñas empresas, basadas en unidades locales y familiares (con las ventajas y desventajas que tal modelo conlleva), están teniendo dificultades en emular a sus vecinos europeos (por ejemplo, trasladando la producción a otros países de costes más bajos). Como consecuencia, la participación de Italia en el comercio mundial ha decrecido de un 4,6% en 2005 a un 2,7% en 2006.

Las soluciones a estos retos no serán fáciles. Italia debería de concentrarse en nuevos segmentos de mercado y de producción más sofisticados y tecnológicamente avanzados, tendría que mejorar su sector de servicios, empezando por el de turismo, que esta perdiendo ventaja competitiva, así como flexibilizar su mercado laboral que es una de las razones de sus altos costes (en los últimos cinco años los costes laborales en Alemania han descendido casi una cuarta parte en relación a los de Italia) y acometer reformas estructurales en áreas como el sector público y las pensiones para reducir la deuda y el déficit.

En los últimos meses Italia se ha beneficiado del boom alemán (la economía creció un 4,5% en el último cuarto del 2006), pero éste es el resultado de un efecto cíclico que no resuelve ninguno de los problemas estructurales del país. Siguen siendo imprescindibles las reformas. El gran problema es que la renovada coalición de Gobierno carece de la homogeneidad y la mayoría para pasar a reformas profundas. Además su integración en el euro les impide recurrir a las tradicionales devaluaciones competitivas (lo que ha llevado a algunos a defender la salida de la Unión Monetaria). Sin embargo los problemas del país son eminentemente solucionables. Lo que hace falta es la voluntad política de resolverlos.

Decano de la Universidad de Suffolk en Boston, director de su campus en Madrid y codirector del seminario de Estudios Ibéricos del Centro de Estudios Europeos de la Universidad de Harvard. sroyo@suffolk.edu

CincoDías

Director Jorge Rivera

Subdirectores José Antonio Vega y Jorge Chamizo

Redactores Jefes Fernando Sanz (Empresas), Ángeles Gonzalo (Finanzas), Juan José Morodo (Opinión), Rafaela Perea (Diseño), Gonzalo Garteiz (Cierre), Patricia Collino y Nuño Rodrigo (Mercados-5D-Cinco Sentidos)

Secciones Cristina Garrido y Cecilia Castelló (Empresas), Carmen Monforte (Energía), Antonio Ruiz del Árbol (Telecomunicaciones), Marimar Jiménez (Cinco Red), Arantxa Corella (Buen Gobierno), Ana Perona (Finanzas), Bernardo Díaz y Juan Ferrari (Economía), Marian Palacios (Especiales), Federico Castaño (Política), Kirru Artea (País Vasco) y Óscar Laguarda (Infografía)

Corresponsales Ana B. Nieto (Nueva York) y Bernardo de Miguel (Bruselas)

Gerente María Frías

Adjunta a Gerencia Marta Moldes

Operaciones José Luis Gómez

Producción Ángel Martín Distribución Juan Alberto Parra Marketing Belén Rueda

Suscripciones Alberto Alcántarilla Sistemas Alfonso J. González

Depósito legal: M-7603-1978. Difusión controlada por OJD

Edita Estructura, Grupo de Estudios Económicos, S.A.

Gran Vía, 32. 2ª planta. 28013 Madrid. Teléfono 915 386 100.

REVISTA DE PRENSA

● El absurdo económico de una industria protegida

Algunos defenderían las restricciones existentes en los vuelos transatlánticos. No hay razones para que un puñado de líneas aéreas británicas y estadounidenses fueran las únicas empresas de transporte que pueden operar libremente en esta ruta. La UE hizo bien en deshacerse de esta parte de proteccionismo descarado.

Haciendo esto fomentarán la competencia y podría dar como resultado un mejora en los servicios para los pasajeros (...).

Esta reforma traerá también, finalmente, por el descenso de tarifas, el incremento del volumen del tráfico aéreo transatlántico (...). Éstas son malas noticias desde la perspectiva de la lucha contra el cambio climático (...). Son exigibles

medidas tales como una considerable tasa sobre los vuelos, impuestos sobre el combustible y restricciones en las expansiones de los aeropuertos (...). Los beneficios fiscales para las aerolíneas han sido un colosal subsidio oculto en las pasadas cinco décadas. El resultado es que esto resulta rentable para que algunas compañías operen con vuelos vacíos (...). Idealmente, una

mayor competencia en la aviación internacional y un nuevo régimen impositivo podrían ser introducidos en tandem. Ya tenemos lo primero. Por el bien del planeta, compete a nuestros líderes establecer el segundo pronto.
The Independent, Londres

CARTAS AL DIRECTOR

Cinco Días, Gran Vía, 32.2 planta
28013 Madrid | cartas@cincodias.es